

Francisco López Hernández y Raquel Martín Illera

# APUNTOTECAS Y POLÍTICOS

LOS PROBLEMAS DE LA IDENTIFICACIÓN ENTRE  
BIBLIOTECA Y SALA DE ESTUDIO

**¿Qué se valora más en las bibliotecas, un puesto de lectura para estudiar apuntes o una buena colección? Parece ser que la primera opción sería la respuesta favorita para muchos y, por tanto, la falta de espacio, mesas y sillas constituye un verdadero problema, sobre todo en época de exámenes. Para algunos políticos la única solución está en ampliar horarios de apertura pero, eso sí, con cualquiera al frente de esas *apuntotecas*.**

Hace algunos años un amigo, entonces concejal de Cultura de cierto pueblo manchego, nos sugirió que, entre otras reformas que pensaba poner en marcha en la biblioteca municipal, clasificaría los libros “por tamaños”. Tenemos buen concepto de este amigo, que es una persona culta y con estudios. Pero también era un político. ¿Qué saben los políticos de las bibliotecas?

En general saben poco más o menos lo que demostró saber nuestro amigo o lo que sabe la mayoría de la sociedad. Quienes trabajamos en esto es probable que tengamos en mente varias buenas definiciones de biblioteca, desde la ya clásica (“colección ordenada de libros debidamente dispuesta para su uso”) hasta las más actuales (“lugar de encuentro entre la información y quienes la buscan”). Ahora bien, salgamos de nuestro pequeño mundo y preguntemos. Para mucha gente, las bibliotecas no serán más que aquellos lugares en los que los jóvenes, especialmente estudiantes universitarios, preparan sus exámenes, donde estudian sus apuntes (quizás habría que añadir “donde hacen vida social gracias especialmente a sus teléfonos móviles”). Es decir, identifican *biblioteca* con *sala de estudio*, que no es más que una de las múltiples facetas que puede tener, y una de las más pobres, en nuestra opinión.

Esta identificación lleva a errores que llegan a ser curiosos. Conocido es el caso de un periódico de Madrid que, al hacerse eco de que la tuna de cierta facultad cedió su cuarto de ensayos para que estudiaran sólo sus compañeras, habló de que se había abierto una “biblioteca de chicas”. Mucho más recientemente se ha visto, también en la prensa, cómo la presidenta de la Comunidad de Madrid se enfrentó con los vecinos de un barrio del Sur de la capital cuando le reprocharon que la biblioteca municipal no estuviese abierta. Aunque comprobó que en el local que visitó no había libros, sólo gente estudiando sus apuntes, no dio su brazo a torcer y dijo que la biblioteca sí que estaba abierta; menos mal que el concejal del Distrito reconoció que aquello no cumplía con las condiciones que convierten un local con mesas y sillas en biblioteca (¡caso raro!).

Significativamente, la presidenta apostilló que si ella fuese vecina del barrio de lo que realmente se quejaría era de lo mal climatizado que estaba el local...

Los propios usuarios que van a la biblioteca sólo con sus apuntes se descubren con sus palabras. Cuando se les pregunta por qué estudian allí, nunca o casi nunca contestarán que en la biblioteca encuentran los documentos necesarios para la preparación de sus exámenes. Será más bien que en su casa no lo pueden hacer por culpa de “sus hermanos pequeños”, “la tele” o “la nevera”. Como mucho dirán que al ver a más gente estudiando se motivan...

El que la confusión de una parte con el todo sea la norma en la sociedad y en quienes la dirigen conduce a varios problemas: el principal es que los políticos sólo parecen tener en cuenta a esos estudiantes de apuntes cuando se les ocurren “mejoras” para aplicar en las bibliotecas; por ello esas “mejoras” casi siempre van por el mismo camino: la ampliación de horarios a toda costa.

No es que nos opongamos a las ampliaciones de horarios, que sabemos son recomendadas no por políticos, sino por las organizaciones de bibliotecarios y bibliotecas más prestigiosas en España y el extranjero. Lo que nos preocupa es que lo que se abre a según qué horas no es una biblioteca. Ésta no es una cuestión baladí, puesto que de ella se pueden derivar situaciones que muchas veces rayan en lo surrealista.

Pongamos como ejemplo un sistema bibliotecario municipal, la mayoría de cuyas sucursales sólo abre en horario de tarde. Ello es, en cierto modo, normal, ya que la mayoría de los usuarios potenciales de esas bibliotecas trabajarán por las mañanas. Sin embargo, parece que entre esos usuarios no se cuenta, por ejemplo, a jubilados o amas de casa que sí podrían utilizarlas antes de la hora del aperitivo. En todo caso, lo que no parece lógico es que el político de turno, en lugar de plantearse si el horario de la biblioteca en un día de diario se puede ampliar a las mañanas, pretenda abrir a las horas intempestivas en las que malestudian algunos porque eso tendrá mejor reflejo en los medios de comunicación. Por tanto, lo que ocurrirá es que yo, jubilado, no podré ir a la biblioteca un jueves a las 12 de la mañana porque estará cerrada, pero sí un domingo a las 12 de la noche.

Pero cuando acuda el domingo a las 12 de la noche, ¿con qué me voy a encontrar? La apertura “a toda costa”, cuando hay por lo general escasez de medios y personal es otro de los grandes problemas. Es muy fácil que en horarios “extraordinarios” nunca nos atienda personal cualificado. Serán, en el mejor de los casos, becarios buscados de prisa y corriendo para cubrir el expediente, muchas veces distraídos del horario “normal”, con lo que los servicios habituales fuera de esa apertura “extraordinaria” se resentirán. Conocemos casos de personas a las que un vigilante jurado (única persona a cargo de la biblioteca en el horario “ampliado”) les ha prohibido tocar los libros e incluso consultar los catálogos con la excusa de que “a esas horas no están los bibliotecarios”. Pero claro, estas quejas son las excepciones; quienes en ese momento ocupan mayoritariamente la biblioteca no necesitan de libros, ni de catálogos ni de bibliotecarios. Sólo de su mesa y su silla, de su espacio.

Otro caso curioso, éste referido a una biblioteca universitaria, puede ser esclarecedor. Cierta vez, no hace muchos años, una huelga de limpieza convirtió en un lugar insalubre

la biblioteca de una universidad madrileña. Nadie protestó, pues estaba claro que la única respuesta que se podía dar era clausurar el edificio... Y preferían quedarse allí rodeados de porquería antes que perder su *apuntoteca*.

Da pena pensar, además, que sean estos devoradores de apuntes los que con más mimo parecen ser tratados por nuestros responsables políticos. ¿Qué hay de los buenos usuarios, los que realmente acuden a la biblioteca para encontrarse con la información? Que en según qué épocas del año no podrán ocupar ni un sitio porque todos rebosan de hojas de papel subrayadas. ¡Pobre del que quiera utilizar la biblioteca para leer el periódico, hojear una novela, ver una película o navegar por Internet en las llamadas “épocas de exámenes”! Hasta los puestos informáticos muchas veces estarán ocupados, tras retirar el teclado, por los apuntes.

En conclusión, no podemos despreciar ningún tipo de usuario (ni siquiera a los *apuntófagos*) en unos tiempos de penuria, cuando, a pesar de los aumentos constatados, la proporción de ciudadanos que utilizan las bibliotecas con relación a toda la población sigue siendo baja; sin embargo hay que tener en mente a todos, no sólo a los que únicamente buscan mesa, silla y buena climatización en los centros que tanto trabajo y dedicación nos cuesta mantener.

### **Ficha Técnica**

**AUTORES:** López Hernández, Francisco y Martín Illera, Raquel.

**FOTOGRAFÍAS:**

**TÍTULO:** *Apuntotecas y políticos. Los problemas de la identificación entre biblioteca y sala de estudio.*

**RESUMEN:** En este artículo se reflexiona sobre el concepto de biblioteca que suelen tener los políticos y la sociedad en general, que es el de una sala de estudio en la que los alumnos preparan sus exámenes con apuntes. Esta confusión conlleva no pocos problemas de eficacia en el servicio bibliotecario.

**MATERIAS:** Bibliotecas Públicas / Servicios de las Bibliotecas Públicas / Funciones de las Bibliotecas Públicas / Uso de las Bibliotecas.

### **FRASES PARA DESTACAR:**

Cuando se les pregunta por qué estudian allí, nunca o casi nunca contestarán que en la biblioteca encuentran los documentos necesarios para la preparación de sus exámenes.

Conocemos casos de personas a las que un vigilante jurado les ha prohibido tocar los libros con la excusa de que “a esas horas no están los bibliotecarios”.

Da pena pensar que sean estos devoradores de apuntes los que con más mimo parecen ser tratados por nuestros responsables políticos.